

**PRIMERA CATEQUESIS**  
**LAS FAMILIAS DE HOY**

**“HIJO, ¿POR QUÉ NOS HAS HECHO ESTO? TU PADRE Y YO TE HEMOS ANDADO BUSCANDO, LLENOS DE  
 ANGUSTIA” (LC 2,48)**

María, mujer de la escucha, haz que se abran nuestros oídos;  
 que sepamos escuchar la Palabra de tu Hijo Jesús  
 entre las miles de palabras de este mundo;  
 haz que sepamos escuchar la realidad en la que vivimos,  
 a cada persona que encontramos,  
 especialmente a quien es pobre, necesitado, tiene dificultades.

María, mujer de la decisión,  
 ilumina nuestra mente y nuestro corazón,  
 para que sepamos obedecer a la Palabra de tu Hijo Jesús  
 sin vacilaciones;  
 danos la valentía de la decisión,  
 de no dejarnos arrastrar para que otros orienten nuestra vida.

María, mujer de la acción,  
 haz que nuestras manos y nuestros pies se muevan «deprisa» hacia los demás,  
 para llevar la caridad y el amor de tu Hijo Jesús,  
 para llevar, como tú, la luz del Evangelio al mundo. Amén.

*(Papa Francisco, Plaza San Pedro 31 mayo 2013)*

Los Evangelios narran muy pocos acontecimientos de la Sagrada Familia de Nazaret. El resto es dejado a nuestra imaginación, teniendo en cuenta que fueron alrededor de treinta años los que Jesús vivió en Nazaret con los suyos. Los pocos episodios que nos son transmitidos son, por lo tanto, fundamentales para percibir el misterio de esta Familia. El único pasaje que nos presenta a Jesús con doce años (en aquel tiempo a esa edad ya no se era un niño, sino una persona que acaba de alcanzar la edad de la madurez) interactuando con sus padres se encuentra en el Evangelio de Lucas y es el pasaje llamado comúnmente *“el niño Jesús perdido y hallado en el Templo”*.

Seguramente hubiéramos esperado la narración de una página idílica de la Sagrada Familia, un poco como la de los anuncios publicitarios, en la que todos los miembros de la familia son guapos, siempre sonrientes y luminosos, gozando de una comprensión mutua total y absoluta. En cambio, para nuestra gran sorpresa, el Evangelio nos cuenta una historia muy diferente. Para usar un término muy de moda hoy en día, la Familia de Nazareth *“está en crisis”*. María y José son personas muy religiosas, van puntualmente todos los años al templo de Jerusalén para la fiesta de la Pascua, como nos dice el mismo Lucas, llevan consigo a Jesús para educarlo en estos ritmos religiosos, pero de repente, durante el viaje de vuelta de Jerusalén, después de un día de camino, no encuentran a Jesús en el grupo. Esta Familia va a rezar, pero aparentemente su oración y devoción religiosa no la

preserva de este tipo de vicisitudes familiares. Imaginemos entonces lo que María y José pueden experimentar frente a este acontecimiento absolutamente inesperado. Un padre y, sobre todo, una madre pueden comprender bien la terrible angustia en la que se hunden los padres cuando no encuentran a su hijo y no saben dónde buscarlo. En definitiva, esta Sagrada Familia no nos causa una buena impresión, no nos da un buen testimonio y no puede servirnos de ejemplo. ¿Por qué el evangelista Lucas nos narra y quiere que quede reflejada en la historia este episodio tan dramático? Todo esto desmonta nuestra manera de imaginar a esta Familia, y ciertamente nos lleva más allá, hacia un misterio más grande que escapa a nuestra comprensión. Así pues, el Papa Francisco en *Amoris laetitia*, abre nuestros ojos a este misterio: «*La Biblia está poblada de familias, de generaciones, de historias de amor y de crisis familiares, desde la primera página, donde entra en escena la familia de Adán y Eva con su peso de violencia pero también con la fuerza de la vida que continúa (cf. Gn 4)*» (Al 8). La Palabra de Dios no nos presenta en absoluto una imagen idealista y abstracta de la familia, como hubiéramos esperado, sino que ofrece a nuestra mirada diferentes historias de familias concretas, con la singularidad y particularidad de sus problemas, dificultades y desafíos. La Palabra nos remite directamente a la realidad con «*la presencia del dolor, del mal, de la violencia que rompen la vida de la familia y su íntima comunión de vida y de amor*» (Al 19). Del mismo modo «*se presenta el icono de la familia de Nazaret, con su cotidianeidad hecha de cansancios y hasta de pesadillas, como cuando tuvo que sufrir la incomprensible violencia de Herodes, experiencia que se repite trágicamente todavía hoy en tantas familias de prófugos desechados e inermes*» (Al 30). El punto fundamental, por lo tanto, no es la ausencia de crisis en las familias (no hay una sola familia, ni siquiera la Sagrada Familia, que esté exenta), sino cómo reaccionar ante cualquier crisis. El pasaje evangélico de Lucas en su visión de futuro y concreción ofrece a todas las familias las coordenadas fundamentales que se convierten en una verdadera escuela de vida para todos. En un primer impacto nosotros, los padres de hoy, que cuidamos premurosamente y prestamos atención a nuestros hijos, inmediatamente nos daríamos cuenta de la imprudencia de José y María al dejar a su Hijo solo y desatendido durante un día entero en el viaje de regreso a casa. En realidad, en aquella cultura Jesús ya no era considerado menor de edad, razón por la cual es tratado como uno de su edad. Además de esto, también podemos darnos cuenta de otro elemento más profundo, dándole un nombre ampliamente utilizado, tanto en el ámbito social como en el eclesial: “*desafío educativo*”. A este respecto, el Papa Francisco nos ofrece a todos una clarividente indicación: «*la obsesión no es educativa, y no se puede tener un control de todas las situaciones por las que podría llegar a pasar un hijo. [...] Entonces la gran cuestión no es dónde está el hijo físicamente, con quién está en este momento, sino dónde está en un sentido existencial, dónde está posicionado desde el punto de vista de sus convicciones, de sus objetivos, de sus deseos,*

de su proyecto de vida. Por eso, las preguntas que hago a los padres son: «¿Intentamos comprender “dónde” están los hijos realmente en su camino? ¿Dónde está realmente su alma, lo sabemos? Y, sobre todo, ¿queremos saberlo?» (Al 261). A menudo nos encontramos ante un gran número de padres, que se afanan para que sus hijos puedan aprender muchas actividades, didácticas, deportivas y artísticas, incluso empujándolos a hacer las cosas que ellos mismos hubieran querido hacer cuando eran jóvenes, pero que nunca se detienen a escuchar ni siquiera por un momento todo lo que hay en su corazón. José y María corren este riesgo, con toda la angustia que conlleva, y sólo después de tres días, tres largos e interminables días, encuentran a Jesús en el templo. Su primera reacción es el asombro, porque, como leemos en *Amoris laetitia*, «es inevitable que cada hijo nos sorprenda con los proyectos que broten de esa libertad, que nos rompa los esquemas, y es bueno que eso suceda. La educación entraña la tarea de promover libertades responsables, que opten en las encrucijadas con sentido e inteligencia; personas que comprendan sin recortes que su vida y la de su comunidad está en sus manos y que esa libertad es un don inmenso» (Al 262). El hijo es siempre una sorpresa, siempre es un misterio para los padres, ya desde su concepción. «Con los avances de las ciencias hoy se puede saber de antemano qué color de cabellos tendrá el niño y qué enfermedades podrá sufrir en el futuro, porque todas las características somáticas de esa persona están inscritas en su código genético ya en el estado embrionario. Pero sólo el Padre que lo creó lo conoce en plenitud. Sólo él conoce lo más valioso, lo más importante, porque él sabe quién es ese niño, cuál es su identidad más honda» (Al 170). Por lo tanto, ante el misterio del hijo, la actitud que se ha de tener nunca puede ser una actitud de juicio, decepción, acusación y condena. Cuántas veces salen de los labios de los padres afirmaciones que realmente matan a un hijo: “¡Tú no eres el hijo que yo esperaba!”. Ante este «reflejo viviente de su amor, signo permanente de la unidad conyugal y síntesis viva e inseparable del padre y de la madre» (Al 165) la actitud más santa es la apertura a la sorpresa de Dios. Todo esto no se logra de manera espiritualista o, por decirlo de otro modo, inhumana. Es evidente que lo inesperado molesta, perturba y provoca angustia, como en el caso de José y María, que buscan a Jesús angustiados. El Evangelio no deshumaniza el corazón del hombre, sino que respeta y da voz a los sentimientos, que no son ni buenos ni malos, y al mismo tiempo nos enseña a relacionarnos con nuestros sentimientos: siempre debemos preguntarnos y preguntar. Le hacen una pregunta a Jesús, de hecho es María quién la hace en nombre de ambos a Jesús. Utilizando las palabras de manera extraordinariamente concisa nos abre al verdadero misterio de la genitorialidad: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos andado buscando, llenos de angustia» (Lc 2,48). El hijo es siempre un hijo, y como tal siempre ha de ser llamado, reconocido y amado. Al hijo hay que preguntarle siempre, nunca hay que acusarlo y condenarlo, y un padre nunca tiene miedo de ponerse en juego a sí mismo en la relación con el hijo. “¿Por qué me

*has hecho esto?* Lo que está en juego no es la regla o el deber moral ni lo que está bien o mal. Lo que más importa es la relación, y en este caso la relación fundamental entre padre e hijo. María va aún más lejos. Ella no solo subraya la relación entre padre e hijo, sino también la relación entre padre y madre e hijo en su entereza e integridad. Ella, la madre, no sólo habla en su propio nombre, sino que habla primero en nombre del padre y luego en el de ella misma. Detrás de esta secuencia hay un orden extraordinario de la paternidad y de la maternidad en relación con los hijos. El Papa Francisco afirma con razón que *«ambos “contribuyen, cada uno de una manera distinta, a la crianza de un niño. Respetar la dignidad de un niño significa afirmar su necesidad y derecho natural a una madre y a un padre”. No se trata sólo del amor del padre y de la madre por separado, sino también del amor entre ellos, percibido como fuente de la propia existencia, como nido que acoge y como fundamento de la familia. De otro modo, el hijo parece reducirse a una posesión caprichosa. Ambos, varón y mujer, padre y madre, son “cooperadores del amor de Dios Creador y en cierta manera sus intérpretes”. Muestran a sus hijos el rostro materno y el rostro paterno del Señor»* (Al 172). ¿Por qué habla María y no José? ¿Por qué nombra primero a su marido? Porque desde que el mundo es mundo no podemos negar de ninguna manera la singularidad de la relación de la madre con su hijo concebido y llevado en su vientre: es ella la que *«acompaña a Dios para que se produzca el milagro de una nueva vida»* (Al 168). Esto de llevar al niño dentro de sí, en sus propias entrañas no es sólo un elemento anatómico o fisiológico o temporal de la madre, sino que afirma una dimensión permanente que caracteriza la maternidad de la madre. María habla a Jesús porque ella tiene una relación más cercana e íntima con su hijo, pero al mismo tiempo (algo que deberían aprender a hacer siempre todas las madres de hoy) actúa como intermediaria de José y afirma la antecendencia de la paternidad respecto a la maternidad. Aquí estamos lejos de un discurso cultural, social o moral o, más aún, de un discurso machista, en el que se afirma la prioridad del padre sobre la madre. El pasaje evangélico hace que nuestra mirada se eleve, vaya mucho más lejos y más en profundidad: el padre es un signo de la Paternidad de Dios. Sin embargo ¿qué ocurre en nuestros días? En *« una “sociedad sin padres”. En la cultura occidental, la figura del padre estaría simbólicamente ausente, desviada, desvanecida»* (Al 176). El Evangelio nos ilumina entonces sobre una verdad fundamental: *«los hijos necesitan encontrar un padre que los espera cuando regresan de sus fracasos. Harán de todo por no admitirlo, para no hacerlo ver, pero lo necesitan»* (Al 177). Si María y José logran relacionarse como madre y padre con Jesús, es porque en la base está viva su complicidad conyugal. Cuántas veces olvidamos que el fundamento de la paternidad no es la filiación (uno no se convierte automáticamente en padre con el nacimiento natural del hijo, y José es un testimonio concreto de ello), sino la conyugalidad de la pareja. De hecho, la crisis fundamental que las familias de hoy en día atraviesan se refiere al

analfabetismo afectivo, que comienza en la relación fundamental entre los dos cónyuges y se extiende a todas las demás esferas, generando la «*cultura de lo provisorio*». *Me refiero, por ejemplo, a la velocidad con la que las personas pasan de una relación afectiva a otra. Creen que el amor, como en las redes sociales, se puede conectar o desconectar a gusto del consumidor e incluso bloquear rápidamente. Pienso también en el temor que despierta la perspectiva de un compromiso permanente, en la obsesión por el tiempo libre, en las relaciones que miden costos y beneficios y se mantienen únicamente si son un medio para remediar la soledad, para tener protección o para recibir algún servicio. Se traslada a las relaciones afectivas lo que sucede con los objetos y el medio ambiente: todo es descartable, cada uno usa y tira, gasta y rompe, aprovecha y estruja mientras sirva. Después, ¡adiós!*» (Al 39). Evidentemente todo esto desanima a las generaciones más jóvenes a formar una familia, asustadas por el fracaso de quienes hicieron esta elección antes que ellos. En este sentido, la Familia de Nazaret se convierte en un faro que no es ideal, sino real, porque también ella, en las contradicciones y absurdos de sus acontecimientos vitales, muestra a todas las generaciones «la alegría del amor» (Al 1) que se vive dentro del hogar. Por este motivo, el Santo Padre afirma rotundamente que: «*La alianza de amor y fidelidad, de la cual vive la Sagrada Familia de Nazaret, ilumina el principio que da forma a cada familia, y la hace capaz de afrontar mejor las vicisitudes de la vida y de la historia. Sobre esta base, cada familia, a pesar de su debilidad, puede llegar a ser una luz en la oscuridad del mundo. “Lección de vida doméstica. Enseñe Nazaret lo que es la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable; enseñe lo dulce e insustituible que es su pedagogía; enseñe lo fundamental e insuperable de su sociología”*» (Al 66). ¿Queremos aprender a ser una familia? Tiremos por la borda el modelo idealizado que tenemos en nuestras cabezas, y miremos a la Sagrada Familia, que muestra a todos cómo los acontecimientos críticos de la vida son una fuente inagotable de gracia y santificación para el mundo entero.

## **En Familia**

### ***Reflexionemos***

1. ¿Qué significa que una crisis familiar puede convertirse en una fuente inagotable de gracia?
2. En vuestra opinión, ¿cuál es la singularidad propia de la maternidad o de la paternidad?

### ***Vivamos***

1. Seguramente en vuestra vida familiar y conyugal no han faltado las dificultades, los problemas y las llamadas “crisis”. ¿Cómo las habéis afrontado? ¿Cómo las deberíais haber afrontado a la luz de la catequesis que habéis meditado?
2. ¿Cómo vives el ser padre o ser madre en relación con el cónyuge que Dios ha puesto a tu lado? ¿Cómo puedes hacer experimentar a tu hijo o a tus hijos la interrelación entre la paternidad y la maternidad?

## **En Iglesia**

### ***Reflexionemos***

1. ¿Por qué es difícil que la belleza de la cultura del amor para siempre resulte atractiva ante la cultura de lo temporal?
2. ¿En qué sentido la Paternidad de Dios es el fundamento de toda genitorialidad terrenal?

### ***Vivamos***

1. ¿Cómo debería interactuar una comunidad eclesial con las múltiples y frecuentes crisis familiares? ¿Qué estilo, qué métodos, qué instrumentos, qué espacios y qué más está llamada a ofrecer?
2. Ser padres y madres es la misión más difícil y compleja. ¿Cómo está llamada la Iglesia a contribuir a esta misión única y singular?